

esa colectividad pronunciante de discursos, discursos que a veces tienen sentido literal y en otras ocasiones resultan profundamente enigmáticos.

MA. EUGENIA NEGRÍN

Raúl Eduardo González. *El valonal de la Tierra Caliente*. Morelia: Jitanjáfora / Red Utopía, A.C., 2002; 91 pp.

El libro aquí reseñado es una antología de textos que se cantan hoy y que pertenecen al género lírico-declamatorio llamado *valona*, uno de los más representativos de la Tierra Caliente de Michoacán. Consta de 32 ejemplos, que el autor toma de la colección más amplia que sirvió de base para su tesis de maestría en Estudios Étnicos en el Colegio de Michoacán. Los textos de la selección son, para el autor, algunos de los más representativos y bellos del género en la región. El libro cuenta con una breve introducción y también incluye, a modo de guía, la transcripción musical de la línea melódica cantada de una versión (en las valonas de la región la música es siempre la misma, lo que cambia es el texto poético), así como una relación de documentos fonográficos y otra de documentos escritos.

Esta publicación tiene como fin dar a conocer la riqueza del género dentro y fuera de la región de la Tierra Caliente, y contribuir a que estas valonas se sigan cantando. En este sentido, aclara el autor, la recolección no tiene aquí ninguna orientación ni filológica ni folclorista, y de ahí la licencia de conjuntar, cuando fue necesario, elementos de diferentes versiones para presentar una más completa que subsanara omisiones o diferencias frecuentes a la hora del canto. La fuente fundamental en este trabajo son grabaciones de campo realizadas por el autor, aunque también se recurrió a las pocas fuentes documentales que sobre el tema existen.

La antología se divide en dos partes o secciones: las viejas valonas y las nuevas valonas. En la primera parte, compuesta de 16 ejemplos, encontramos algunas de las consagradas y más conocidas valonas de la región: *Otro ratito nomás*, *La renca*, *El cabrito*, *Los tiradores* y *El timón* son unas de ellas. En esta sección, como nos explica el propio autor y podrá

observar también el lector, el repertorio se apega en general a los cánones de la glosa, forma poética propia de la lírica del Siglo de Oro español, cuya existencia en la región de Tierra Caliente tiene no menos de cien años, ya que se sabe que formaba parte de la tradición desde mediados del xx. La estructura de la glosa consiste en una cuarteta, también conocida como *planta*, y cuatro décimas, cada una de las cuales debe rematar, de manera sucesiva, con uno de los versos que conforman la cuarteta. Es común encontrar ejemplos en los que esta cuarteta se compone de un solo verso repetido cuatro veces, en cuyo caso las décimas glosadoras terminarán todas con el mismo verso. Además de la glosa propiamente dicha, la forma musical de la valona en esta región comprende una estrofa de despedida, comúnmente una cuarteta, y finaliza con un son o un fragmento de son.

Las nuevas valonas de la segunda parte, por otro lado, prescinden del procedimiento de la glosa, aunque conservan la estructura formal de las primeras. Se trata de textos compuestos en el último tercio del siglo xx y los primeros años del presente milenio, y la mayoría de ellos son de autor conocido. La producción de este nuevo repertorio es en buena medida resultado, según comenta el autor, de los concursos que año con año se celebran durante el mes de octubre en la ciudad de Apatzingán.

Lo que más llama la atención dentro del repertorio de esta segunda sección del libro, es la presencia de temas relacionados con situaciones y problemáticas cotidianas que se viven actualmente en la región: la miseria, la drogadicción, la migración y hasta la vida ingrata que padece el músico. En contraste con tales temas, el tono humorístico, de gran popularidad entre los lugareños, está también presente en algunas valonas de esta sección, como es el caso de *El padre de las tres hijas* y *La viuda*. Cito como ejemplo el texto de esta última (70-71):

Fui al velorio de un difunto,
la viuda estaba llorando;
yo hice guardia junto al muerto
y con devoción, rezando.

La viudita inconsolable
arrebozada decía:

“Mi marido era tan bueno,
me daba todo el dinero,
y ni así le agradecía.
Pobrecito de mi viejo,
que Dios lo tenga en la gloria;
yo nunca lo traté bien
ni lo supe comprender,
se llevó eso en su memoria.”

En un campito que tuve,
me arrimé junto a la viuda;
le dije: “Soy hombre solo,
por eso vine al velorio.
No llore, ¿de qué se apura?”
Me contestó sollozando:
“Para mí esto es un calvario;
no puedo corresponderle,
porque yo ya le di el sí
al que está guiando el rosario.”

Yo quería llegar primero
y en ratos iba corriendo;
—como dice un dicho:
“Cuando uno se va a bañar,
otro se viene vistiendo”.
No hay viuda que en el velorio
no busque nuevo marido,
por eso el que tenga esposa
debe de estar prevenido
que le va a pasar igual
el día que él esté tendido.

Yo fui a todo el novenario
y hasta alabanzas cantaba,
a ver si a los quince días
la viudita conquistaba.
Yo donde quiera le hablaba,
pero el que guiaba el rosario

desde hincado me cuidaba,
 ¡desgraciado rezandero,
 desde que él ya estaba enfermo,
 ya la tenía asegurada!

La viudita arrebozada
 me vide y tiró un suspiro:
 “Me casaré con el rezandero
 y usted será mi querido.”

La ausencia de la estructura típica de la glosa, así como el hecho de que no exista en ella un apego a las normas tradicionales de la rímica y la medida de los versos, ha provocado, tal y como lo expresa el autor, que diversos investigadores califiquen este fenómeno como un signo de decadencia del género.

A este respecto, Raúl Eduardo González muestra una posición clara frente a la manifestación musical concreta que es la valona, lo cual resulta evidente desde la selección misma que compone la antología. No hay un juicio de valor de su parte en relación con la conservación o no de los elementos originales o en cuanto al tiempo de existencia de los diferentes textos. Se trata de un cambio de enfoque en la forma de abordar lo tradicional: en la vida y el desarrollo de las manifestaciones populares existen cambios, y aun cuando esas transformaciones suelen ser violentas y alejarse de las formas originales —en otro tiempo consideradas por ello como “auténticas” y “valiosas”—, el fenómeno tradicional, en este caso musical, debe ser considerado parte de un proceso en movimiento, dinámico y, como tal, debe ser recogido, estudiado e interpretado.

En la antología se incluye, además, un apartado dedicado a otras valonas nuevas escritas al modo de las de la región por autores nacidos fuera de ella. Para el autor estas valonas son de gran valor debido a su originalidad o por mostrar una asimilación del estilo tradicional. La creación de valonas al estilo de Tierra Caliente por personas ajenas a la tradición, muestra la trascendencia del género más allá de sus fronteras regionales, y ello es digno de señalarse. Por otro lado, en esta sección hallamos dos valonas compuestas por Raúl Eduardo González. *¡Ay, mujeres cómo son!* y *¿Qué te han hecho mis calzones?*, que glosan cuartetos tradi-

cionales, son dos muestras en que se condensan estilo, tono y lenguaje propios de la poesía terracalenteña, rasgos perfectamente interiorizados por el autor de este libro.

El repertorio que compone *El valonal de Tierra Caliente* tiene, en su conjunto, la virtud de mostrar un panorama muy completo y actual de lo que se canta en las valonas de Michoacán. Esto se debe no sólo al hecho de que el autor decide pasar por alto cualquier juicio de valor excluyente y abordar el género en su totalidad, sino a que en la recopilación que está detrás de la selección se reconoce una búsqueda profunda que va más allá de lo evidente, más allá de las cinco o seis valonas que, por ser las más socorridas por el gusto y la demanda de los propios terracalenteños, resultan las más conocidas. Es, por así decirlo, otra versión de lo que es la valona michoacana de nuestros días.

Por otro lado, se trata de un libro que se goza, que divierte, que sorprende y que incluso conmueve. En él hallamos una gran diversidad de temas: están los textos humorísticos de gran ingenio como *El cabrito*, la ya mencionada *Viuda* y *Como cualquier animal*; los hay amorosos de gran belleza como *Las horas no había de verte* y *La bandolita de oro*; están también los que delatan un profundo descontento y decepción, como *Quien sirve a bienes ajenos* y *El miserable*. Tampoco podían faltar los que aluden a la mujer traidora, que aquí encontramos en *El correcaminos*. Con el afán de acercar al lector a esta variedad temática del género, transcribo otro ejemplo, muy diferente al anterior, en el que se puede observar, entre otras cosas, la estructura de la glosa. Se trata de la valona *Las horas no había de verte*, incluida en la primera parte del libro (40-41):

¡Las horas no había de verte,
linda, agradable, exquisita!
¿Cómo están esos luceros?
¿Cómo te va de solita?

Cuando a despedirme fui,
no te pude dar la mano;
no digas que fui tirano,
porque a despedirme fui.
Ya vine, ya estoy aquí;

aquí me trajo mi suerte,
mi destino fue quererte.
Como rey no me perdones,
que por traerte estas razones,
las horas no había de verte.

Cómo fue larga mi ausencia,
mira, vengo avergonzado;
aquí estoy a tu presencia
y también a tu mandado.
Habla lo que has sentenciado,
lo que tú, amor, solicitas;
si tú supieras, chatita,
lo que en mi pecho se encierra,
que por ti volví a esta tierra
linda, agradable, exquisita.

Con lágrimas en mis ojos
he venido a saludarte,
con muchos deseos de hablarte
y aplacar vuestros enojos.
No espero tener despojos
ni recibir desconsuelos,
pues ya quisieran los cielos
que de Dios fuera servido;
ya vino el indio perdido,
¿cómo están esos luceros?

Con lágrimas y clamores,
mil suspiros y tormentos,
la pena que en mí se encierra
y en mi pecho, los tormentos.
Ya tendrás gustos contentos;
como lo verás, chatita,
tú eres la prenda exquisita
con la que deseo estar junto,
respóndeme, te pregunto:
¿cómo te va de solita?

Voy a echar mi despedida,
por las orillas del Plan,
de estas tierras tan queridas
del Valle de Apatzingán,
estado de Michoacán;
no quisiera recordar
que el diecinueve de octubre
murió mi gran general.

En la introducción se nos habla, entre otras cosas, acerca de un libro legendario, un libro antiguo que, según el decir de varios valoneros de la región, es la fuente de la cual, desde hace muchos años, proceden gran parte de las viejas valonas que durante décadas se han venido cantando en la Tierra Caliente. Pocos son los que lo han visto, pero muchos creen en su existencia y suponen que todavía alguien lo tiene y sigue extrayendo de ahí nuevas valonas: una suerte de venero inagotable que ha pasado de generación en generación.

Al respecto, comenta Raúl Eduardo: “Aun cuando encuentro hermosa esta leyenda por su significado, creo que el verdadero tesoro está en el valonal que día con día siguen cantando grandes músicos, en la Tierra Caliente, o donde sea”. Continúa: “Fundamentalmente para ellos es esta colección, pues a ellos se debe y por ellos significa algo, en realidad” (13). En opinión de la que escribe, sí, es para ellos, y ¡qué maravilla que así sea!, pero también es para nosotros, para ustedes, para todos aquellos que aprecian la buena poesía, para los que gustan de nuestras tradiciones, de nuestra música, y también para aquellos que simplemente gozan de una placentera tarde de buena lectura.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ
CENIDIM